



Andrea Hernández Guerra
Auxiliar de Investigación
IIPS-ECP-USAC

**“Brasil, harto de la corrupción y de la izquierda
elige a un Presidente harto del sistema y de la
tolerancia”**

“Millones de brasileños influidos por una muy eficaz estrategia comunicacional de la ultraderecha en las redes sociales habrían abrazado el autoritarismo.”
Yanina Welp, 28/10/18.

Jair Bolsonaro fue durante casi tres décadas un diputado “irrelevante” de Brasil. Pero su pasada trayectoria militar, como ex capitán del Ejército, su apología de la mano dura, su claro apego religioso con la política, sumado a sus discursos calificados como homófobos, racistas, y misóginos sin duda alguna llamó la atención de miles de brasileños, y en general de latinoamericanos, que se alarmaron o bien, se alegraron al ver cómo crecía la popularidad de este personaje que se postuló como candidato presidencial de Brasil a inicios del año 2018.

Con un 55.1% de los votos obtenidos el pasado 28 de octubre, Bolsonaro se proclamó como nuevo Presidente de Brasil. Tras la sorpresa de muchos, el candidato, que en su paso por el Senado únicamente logró aprobar dos proyectos de ley en veintisiete años, y que se unió a un partido aparentemente minoritario (Partido Social Liberal), había logrado ascender en popularidad en el país, ganar simpatizantes en una campaña que fue calificada de patriótica y religiosa, y logró ganar las elecciones en un país tan grande, y de una larga tradición de izquierda en los últimos quince años. Inmediatamente las noticias como en tono de alarma a nivel regional, y también mundial no se hicieron esperar.

Pero ¿qué fue lo que incentivó a que millones de brasileños votaran por un hombre ultraderechista, conservador, nacionalista, abiertamente intolerante, y de un partido con militares en sus filas?

Brasil se constituyó, a partir de 1985, en un país democrático con apertura política y que, además había dejado atrás el autoritarismo y la tradición militar de veintiún años. De los seis gobernantes electos democráticamente, todos fueron civiles, y por lo menos dos fueron de izquierda (del mismo partido, el PT).

El primero de ellos fue Lula da Silva que gobernó por dos periodos consecutivos (entre 2003 y 2011), y que en abril de este año fue llevado a prisión por los delitos de corrupción pasiva y lavado de dinero, vinculados a los Casos Odebrecht y Lava Jato. Posterior a este gobierno asumió Dilma Rousseff, por un periodo y medio más (entre 2011 y 2016). Vale la pena destacar que, fue la primera mujer gobernante y la primera mandataria en ser destituida de su cargo, tras un largo escándalo de corrupción y de recesión económica, que le mereció un juicio político que acabó con su gobierno en 2016.

En efecto, pareciera ser que Bolsonaro concentró la desilusión de muchos electores que, están más hastiados de la corrupción, que, de los partidos de izquierda y un notable terror al comunismo, así como de la inestabilidad y múltiples carencias materiales de vida.

Con el lema de campaña “Brasil encima de todo y Dios por encima de todos” las campañas de Bolsonaro se enfocaron en las fuertes frustraciones a lo largo de todo el país. Estas trataron de revertir la fe en la democracia y en sus instituciones que se habían venido desplomando en los últimos años. En este sentido, su mejor estrategia alcanzada fue convencer a los líderes de las iglesias evangélicas, a jóvenes universitarios, e incluso a mujeres que lo vieron como la mejor alternativa para evitar el retorno de la izquierda al país; incluso cuando los discursos del ex militar fueran en contra de ellos mismos.

Un día antes de la segunda vuelta el candidato muy popular y querido en sus redes sociales, publicó este mensaje: “Si es la voluntad de Dios, mañana será el día de nuestra independencia. Vamos a derrotar al partido de los mayores escándalos de corrupción de la historia,

del petróleo... de los enemigos de la libertad y de la Constitución. ¡Vamos a devolver Brasil a los brasileños de bien!”

Para muchos brasileños, simpatizantes y creyentes de este proyecto político radical que impulsa Bolsonaro, él representa una esperanza para millones de brasileños, debido a que están cansados de la corrupción, de la pobreza, del desempleo, de la violencia, y en general de la inestabilidad que aqueja al país. También es una solución o un “regreso al orden”, al patriotismo de antaño, a las familias tradicionales, conservadoras y profundamente religiosas. Este fenómeno expuesto, no es nuevo en Latinoamérica, y es algo que en las últimas elecciones presidenciales se ha hecho presente en otros países. Como fue el caso de Jimmy Morales en Guatemala, de Donald Trump en Estados Unidos, o de la candidatura de Fabricio Alvarado en Costa Rica.

Para otros, Bolsonaro es la culminación de una estrategia político electoral fraguada desde hace varios meses, en los que este exmilitar radical, outsider –en cuanto a elecciones de este tipo– ha utilizado prácticamente el mismo manual de instrucciones de Donald Trump, para propagar una ideología similar. Al grado que, en abril de este año, propuso sin temor alguno, la creación de campos de refugiados para venezolanos, a modo de que estos no entrasen en territorio brasileño a trabajar, sino que se mantuvieran en su sitio. Reiterando que “Brasil no puede ser un país de fronteras abiertas.” Su vicepresidente no dista mucho de sus ideas. Ninguno de los dos tiene miedo al incitar a la violencia al decir frases como “el error de la dictadura fue torturar y no matar” o “los verdaderos héroes matan”.

En resumen, el pasado 28 de octubre Brasil, un país harto de la corrupción y de la izquierda eligió a un Presidente harto del sistema y de la tolerancia.

